

El Josefino[®]

Nº 62 Febrero 2024
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

**"DOLOR
Y GOZO"**

Pág. 10

**SAN JOSÉ,
MODELO
PARA EL
SACERDOTE**

Pág. 14

*"Sus ojos son palomas posadas
Al borde de las aguas".*

(Cant. 5, 12)

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
“SENCILLOS COMO SAN JOSÉ”	4
“LOS DEMÁS”	6
“DOLOR Y GOZO”	10
VENERABLE ANA RODRÍGUEZ Y SAN JOSÉ	12
SAN JOSÉ, MODELO PARA EL SACERDOTE	14

Estimados Josefinos:

La verdadera devoción a San José consiste esencialmente en la confianza ilimitada en el poder del Santo, en la imitación de sus virtudes y en el amor filial que le profeses.

Ser devoto de San José quiere decir pensar en él, tratar de amar al Padre Celestial, a Jesús y a María como él los amó. Poner la vida, los bienes, especialmente los espirituales, y todos los actos del día bajo su paternal protección.

Porque San José a cada uno de nosotros nos dice: “*Yo seré para ti un Padre y tú serás para mí un hijo. Tuyo soy y tuyo todo lo mío.*” ¡Qué alegría, qué dicha, contar con el mismo padre de Jesús, ser hijos del hombre que Dios escogió para ser el protector, guía, refugio seguro, fortaleza de los Tesoros más grandes de la tierra: Jesús y María!

San José, este hombre de alma dulce y buena, varón justo, virtuoso, dechado de obras buenas. El siempre fiel, que

obra según el Corazón y los deseos de su Dios; el Bendito que recibió con docilidad la Palabra sembrada en el seno de María y la acogió y cuidó como propia.

Todo él está a nuestra disposición, a nuestro alcance. Acudamos a San José con la seguridad de que nos escuchará en todo lo que le pidamos y nos concederá todo lo que sea para nuestro bien y provecho.

Su oración ferviente tiene mucho poder. Cuando aparece San José el demonio huye.

Di confiadamente: ***¡José es mi ayuda, nada temeré...!***

Que sea tu padre, tu guía y confidente, tu amigo y maestro.

AMÉN.

La Redacción.

“Sencillos como San José”

San José, comunícame
la sencillez de tu alma.

Los que te trataron
sobre la tierra,
apenas sospecharon
tu grandeza
y la riqueza
de tu gracia;
tan sencillo fuiste
desde un principio
y tan limpia
fue tu conducta.

Todo estaba en ti
sumergido en el amor.
Si bien actuabas según una
rectitud perfecta
y te entregabas
a un aparente
esfuerzo,
ignoraste todas
las complicaciones
del amor propio,
todos los sobresaltos
de la susceptibilidad,
todas las avideces
camufladas de la ambición,
las maniobras retorcidas
de las pasiones que
buscan satisfacerse
en la sombra.

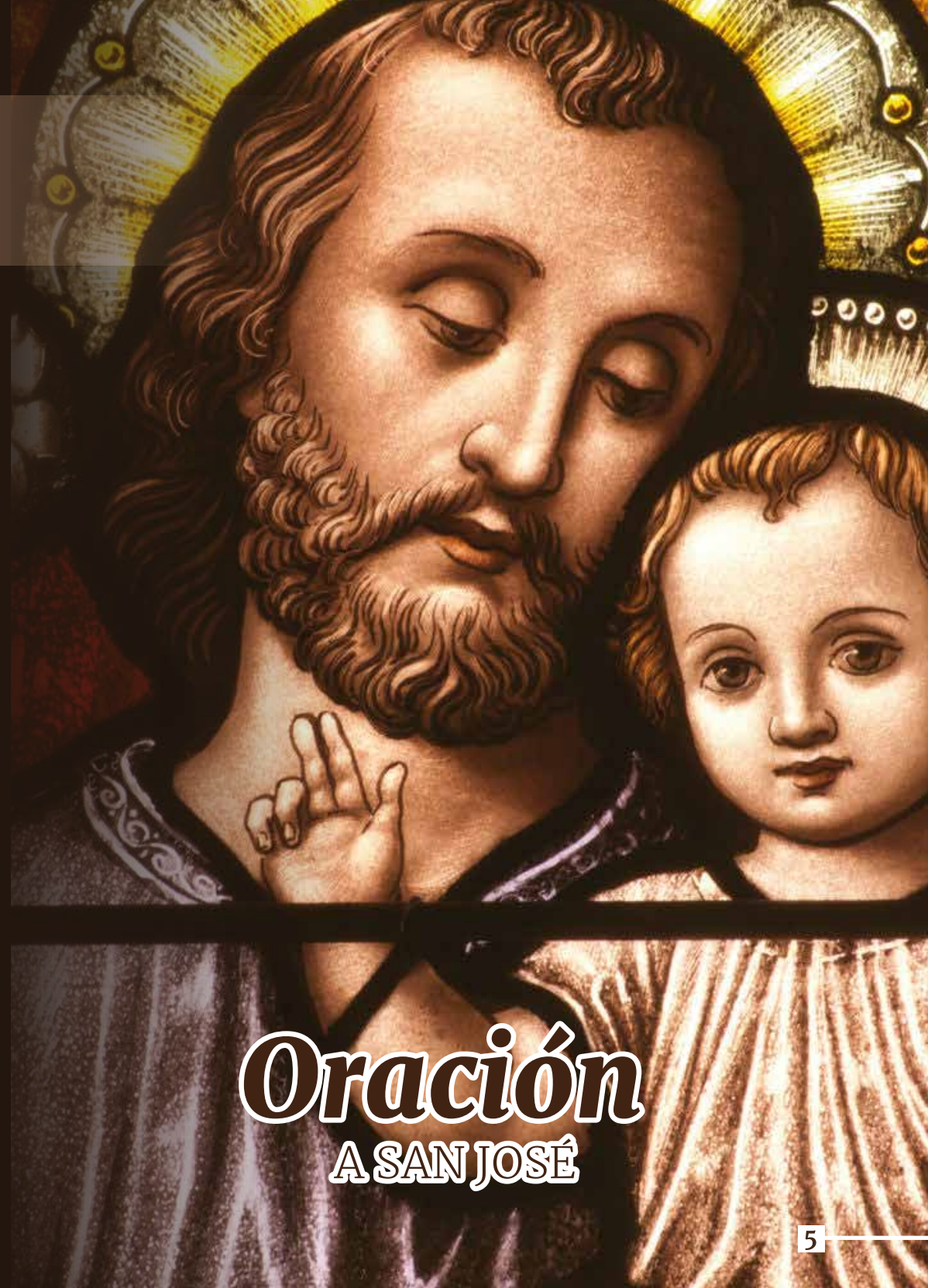
Amén

Ayúdame, San José,
a vivir en la misma
sencillez de un amor total;
a despojarme de mi egoísmo,
cuyas pretensiones
complican y agobian
mi existencia.

A mantener una
humildad que,
abandonándose en Dios y
borrándose ante
los demás,
resuelva los problemas
de mi vida cotidiana.

Enséñame a olvidarme
de mí mismo,
de manera que las
dificultades se
desvanezcan y que
todo se simplifique
en mi conducta
y en el fondo
de mi alma.

¡Haz, San José,
más y más transparente
mi ofrenda al Señor;
más y más limpia
y clara mi entrega
total al prójimo!



Oración
A SAN JOSÉ

¿Qué difícil es despreocuparse de la opinión de los “demás”! Mil veces convencidos de que sus juicios son volubles y, la mayoría de las veces, con apreciaciones llenas de contrasentido... ¡Cuánto nos cuesta, no obstante, permanecer “insensibles” ante la opinión que puedan formarse de nosotros...!

Si imaginamos a San José en su actuar, allí en Nazaret, nos envuelve un “no sé qué” que nos sorprende.

En su silencio, tal vez casi permanentemente, poco caso haría de estas opiniones. Observaría a su alrededor, pero sin decir nada, cómo anteponían estas opiniones a la realidad de las cosas.

Pocos hombres, de cuantos han pasado por la tierra, podrían gloriarse de no haber “pagado” tributo a este estar pendiente y afectarse por la opinión ajena que tuviesen de ellos. Entre “los pocos”: San José. Vería a su lado, tristemente, que esta influencia era tan grande y decisiva que se convertía en la razón de sus actos.

Por una especie de “contrasentido”, al mismo tiempo que repudiamos el juicio de los hombres cuando nos es desfavorable, le damos entera fe cuando nos halagan.

¿En cuántas ocasiones San José se vería “enjuiciado” por tantos que le conocían!... ¡Su Hijo nacido en un pesebre...! ¿por qué?... Su huida a Egipto... ¿para qué y por qué tan apresuradamente?... ¿Tal vez había cometido algo prohibido por la Ley y tenía que huir...?

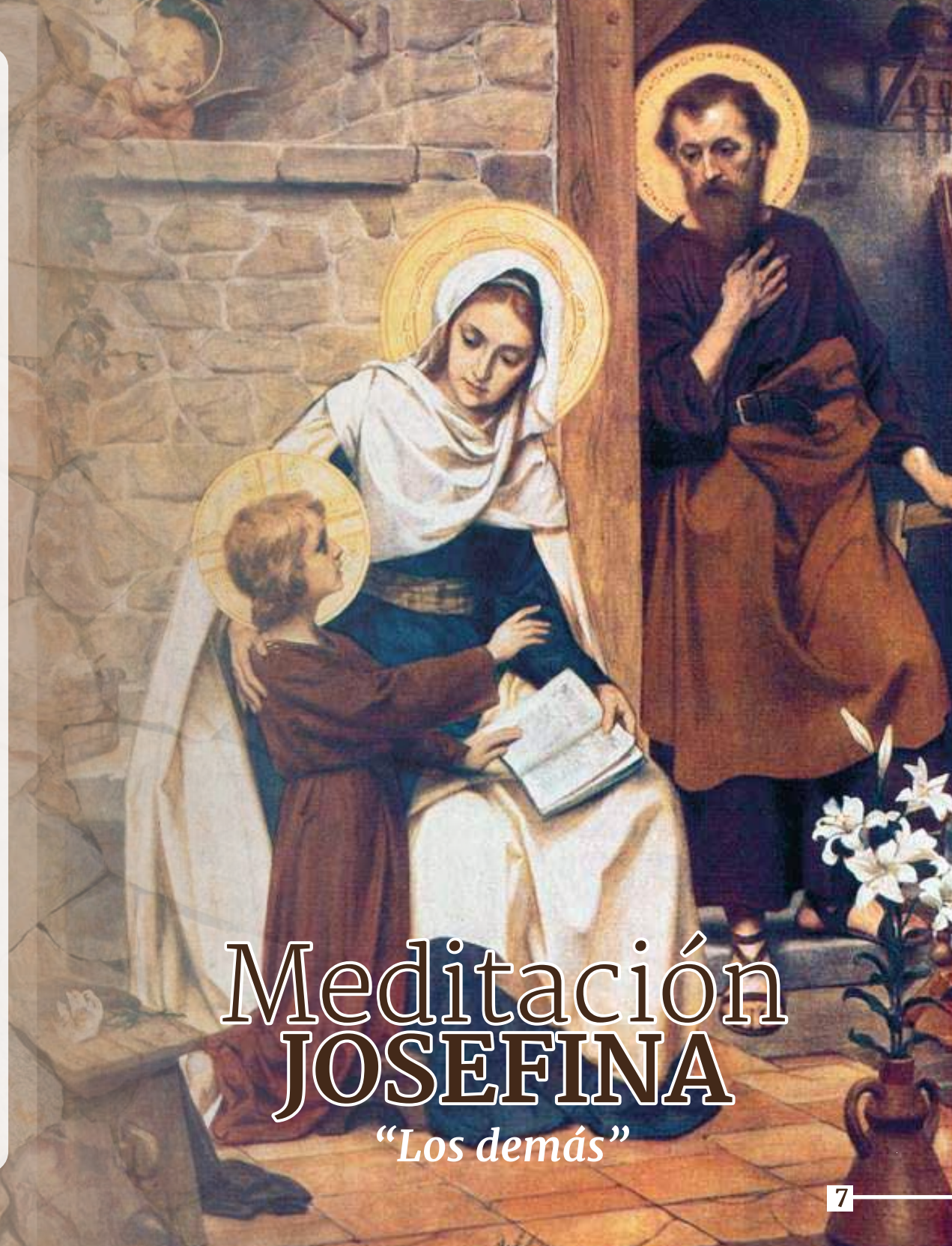
Sólo hay dos clases de personas que permanecen inmutables ante la opinión que puedan merecer de los demás: los cínicos o irónicos y los santos. Aquí está San José, en el grupo de estos segundos. A los primeros los mueve una frialdad egoísta, una sensibilidad que repugna y hiere, una actitud que les hace despreciar todo lo que sucede a su alrededor. Como se creen centro de todo lo que existe, no se miran más que a sí mismos despreciando, en lo exterior, tanto lo que les halaga como lo que les repugna.

En los santos es diferente: Su actitud y libertad frente “*al qué dirán*” es efecto de un magnífico equilibrio de sensibilidad, un equilibrio nacido de la reflexión y del continuo esfuerzo por dar a las cosas el valor real que tienen, tanto en sí mismas como en relación a ellos.

San José no piensa cuando se aleja de Nazaret en el qué dirán. Su móvil es sólo uno: que ésa es la Voluntad de su Dios; lo demás no le interesa.

San José deja sólo al Señor que sea su único testigo porque para él las acciones y las intenciones más valiosas son las que sólo ve el Señor, ahí en lo profundo de su corazón... Lo demás así como lo trajo el viento, de ese mismo modo se lo llevará.

La despreocupación que sentía de estos juicios nacía de un conocimiento experimental del alcance que puede tener la opinión humana. Bien sabía que, si hoy le aplaudían mañana le reprobarían. Ésa es la “filosofía” del mundo. También su Hijo Jesús lo iba a experimentar: Entra triunfante en Jerusalén aclamado y bendecido



Meditación JOSEFINA

“Los demás”

por todo el pueblo y, a los pocos días, sale cargado con la cruz entre los gritos y las injurias de aquel mismo pueblo... Es nuestra triste realidad.. ¿Quién de nosotros no ha oído, de los mismos labios, un *hosanna* y hora después un: *crucificalo?*...

Nos alagan las alabanzas, a pesar de que sabemos que no tienen razón de ser y que quizá a los pocos momentos van a convertirse en calumnias; y nos duelen los juicios desfavorables, eso que tenemos la seguridad de que nacen de un espíritu apasionado y que cuando desaparezca el apasionamiento oiremos alabanzas de aquellos mismo labios.

¡Los santos... santos como San José!
¡Él no pagó jamás “tributo” a esta “condición” humana! Convencido como estaba de que no podía ser la opinión de los hombres la norma de su conducta y que, por consiguiente, tenía que prescindir tanto de sus alabanzas como de sus reproches, atendía sólo a Dios en la consecución de sus obras.

Y esta especie de “insensibilización” la consiguió San José en la cumbre de su santidad. A fuerza de prescindir del mundo y de hacerse “sordo” a las voces de los hombres, llegó a esa “santa indiferencia” que le hizo prescindir en absoluto, al realizar sus obras, de los cuestionamientos que podían impresionar a los demás mortales. Su vida, por ello, se desarrollaba exclusivamente bajo la mirada amorosa de Dios cuyo juicio es lo único que le interesaba y le preocupaba. ¡Es la única actitud lógica! El valor de sus obras distaba mucho de lo que pensarán los demás. No existía

más valor real para él y más riqueza sobrenatural que la “oculta”. Y cuanto más oculta eran sus obras más “ricas” serían porque al ser más ocultas implicarían más alejamiento de las miradas de los hombres y, por consiguiente, más pureza de intención puesta en su Dios.

Por eso todos los santos y nuestro San José buscaban la *oscuridad y el silencio* como el mejor ambiente para sus vidas, para sus obras...

La buena obra es un tesoro; y el tesoro, o la riqueza que se lleva a la vista de todos, corre el peligro de ser “robada”. Por eso San José procuró “ocultarse” a esas miradas que intentarían “robárselas”.

Obras sencillas, mortificaciones sin aspavientos, ausencia total de lo grande y maravilloso... Ésa fue la vida de San José.

En cambio, por dentro, la máxima pureza de intención, una total negación de sí mismo, ansias infinitas de hacerlo todo y de sufrirlo todo por su Señor hasta la consumación de su vida.

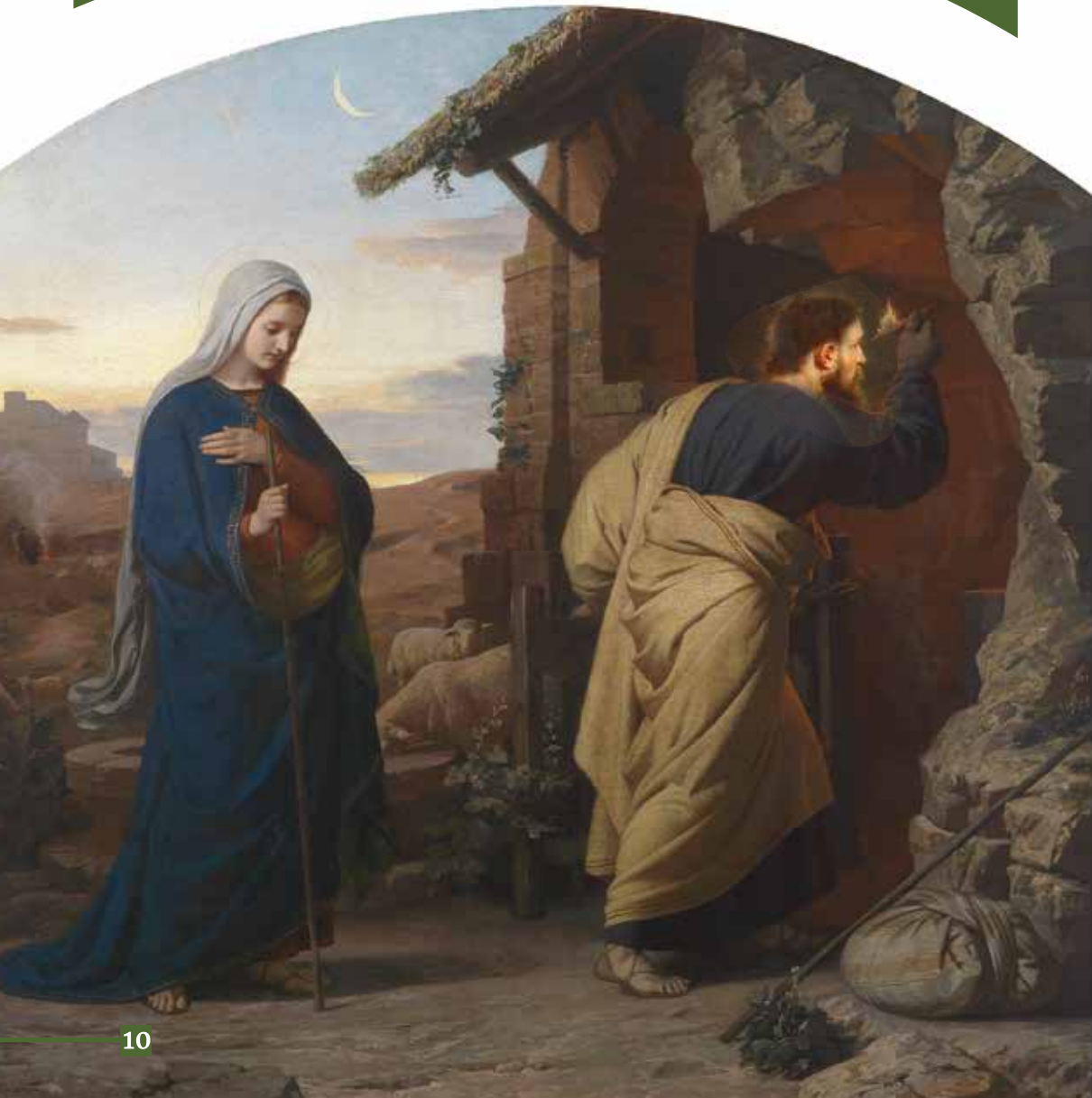
Y, mientras tanto, sus vecinos, sus familiares, sus amigos, seguirían pensando en el escaso valor de aquellas obras y de aquella vida que no conocían más que por fuera.

Fijos los ojos en la “altura” ¿qué le importaba lo que sucedía en la tierra? Con esa “santa libertad” estuvo escondido siempre y en todo momento a lo que pudieran decir...

¡Los demás ¡



“Dolor y gozo”



Desde su unión matrimonial con María, San José supo vivir, con esperanza en Dios, la alegría y el dolor fruto de los sucesos de la vida diaria.

En Belén tuvo que sufrir con la Virgen la carencia de albergue hasta tener que tomar refugio en un establo. Allí nació Jesús, Hijo de Dios. Él atendía a los dos como si fuese el verdadero padre.

¡Cuál sería su estado de admiración a la llegada de los pastores, los Ángeles y más tarde los Magos de Oriente!

En el episodio de la Presentación de Jesús en el Templo, San Lucas nos dice: “*Su padre y su Madre estaban admirados de lo que se decía de Él*”. (Lc 2,33).

Después de la visita de los Magos de Oriente, Herodes, el tirano, lleno de envidia y obsesionado con su poder, quiso matar al Niño. San José escuchó el mensaje de Dios transmitido por un Ángel: “*Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga porque Herodes va a buscar al Niño para matarlo*” (Mt 2,13). San José obedeció y tomó responsabilidad por la Familia que Dios le había confiado.

San José tuvo que vivir unos años con la Virgen y el Niño en el exilio de Egipto. Esto representaba dificultades muy grandes: La Sagrada fami-



lia, siendo extranjera, no hablaba el idioma, no tenían el apoyo de familiares o amigos, serían víctimas de prejuicios y dificultades para encontrar empleo, y la consecuente pobreza. San José aceptó todo eso por amor sin exigir nada, siendo modelo ejemplar de esa *amorosa obediencia* que como hijo debe a su Padre del cielo.

Y por último, su *silencio heroico, humilde*, ante la muerte. Lo más probable es que San José hubiese muerto antes del comienzo de la vida pública de Jesús ya que no estaba presente en las bodas de Caná, ni se habla más de él. De estar vivo, San José hubiese estado sin duda al pie de la cruz con María.

San José es, sin duda, modelo de dolor y gozo llevados como Dios quiere: Con un...

¡Amén!

Venerable Ana Rodríguez Y San José



ertenciente a la Orden de San Francisco, fue fervorosa devota del amado San José.

El Santo Patriarca le pagaba su devoción con distintos favores. Entre otros, un día que se hallaba en oración se sintió arrebatada en espíritu y vio entre resplandores de gloria al amado San José y a su Celestial Esposa María.

En tanto que la Santísima Virgen encomendaba a Jesús a la devota del Santo Patriarca éste, dirigiéndose a Ana, le presentó dos vasos: Uno lleno de líquido amarguísimo y el otro rebosando de dulzura, y le dijo: *“Hija mía, escoge cuál de estos dos vasos prefieres beber que en cualquier elección me darás contento”*...

Recordando la santa religiosa que Jesús y el amado San José habían apurado hasta las heces el cáliz de la amargura optó, sin dudar, por el vaso de licor amargo y exclamó: *“¿Cómo he de escoger para mí el vaso de la dulzura viéndoos a Vos y a mi amado Jesús abrevados de amargura?...”*

Entonces su amado San José mostrándole una cruz bellísima pero extremadamente pesada le dijo:

“Excelente elección has hecho, hija mía, que a proporción de las amarguras han de ser en el cielo las dulzuras y por cada ligero peso de la tribulación un peso eterno de gloria. De aquí, pues, en adelante sufrirás el peso de la cruz con todas sus amarguras porque en ella encontrarás inagotable venero de felicidad y un medio efficacísimo para hacerte cada día más agradable a los Ojos del Altísimo y atesorar riquezas de eterna gloria”.

Así le enseñó y ayudó San José para llevarla después a un grado inconcebible de gloria por toda la eternidad.

Con razón ERES AMADO

(Cant. 1,4)



Josefología

San José, modelo para el sacerdote



De San José poco nos dice el Evangelio; pero sí lo suficiente como para comprender su específica vocación de ser el protector de Jesús, el Hijo de Dios y

Primer Sacerdote.

Contemplamos su vida ya en los inicios de la Encarnación. Acepta plenamente la revelación divina sobre el Misterio del Verbo Encarnado en su Esposa. Con suma delicadeza la protege a Ella y al Niño. Y silenciosamente trabajará toda su vida para sacar adelante a la Sagrada Familia. Él nos da una lección de cómo ha de ser el trabajo de un cristiano: Bien hecho en la presencia de Dios.

Acompañó a María al Templo para la purificación y ofrenda del Niño al Padre Dios. Y con Ella lo buscó cuando se quedó a los doce años en el Templo dialogando con los expertos en las Sagradas Escrituras.

Nos enseña a buscar siempre a Jesús cuando parece que lo hemos perdido, y a sentir profunda alegría en ese encuentro tan deseado. Y desde aquel momento los Evangelios guardan silencio sobre San José. Es el reflejo de la vida interior y de la san-

tividad en la vida ordinaria. Murió en los brazos de Jesús y María. Por ello es patrono de la buena muerte.

A San José se le encomienda la promoción de las vocaciones sacerdotales. Por eso en su fiesta se celebra el día del seminario. Es una buena oportunidad para pensar en la misión del sacerdote, y en la necesidad que la Iglesia y el mundo tienen de la labor santificadora de todo sacerdote fiel a su misión.

Los sacerdotes son las manos, los pies, los ojos, la mente, el corazón de Cristo; los canales y medios por los que Cristo se va a comunicar a la humanidad. Por los sacerdotes, hará sentir a los hombres cuánto los ama y cómo desea ser amado de ellos; por ellos, va a manifestar sus misericordias; por ellos, va a sembrar la paz que anunciaron los Ángeles desde el primer día de su nacimiento cuando cantaron sobre su cuna prometiéndola a los hombres de buena voluntad; por ellos, hermanará a todas las naciones, a todas las razas, a todas las clases sociales, borrando las envidias y los odios y uniéndolos a todos en un solo corazón y en un solo espíritu en su Divino Corazón.

Sólo San José pudo guiar, enseñar y educar al que sería Sumo y Eterno Sacerdote.



Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>